

LAIA LÓPEZ

Strawberry Moon

La hija de
la Luna



DESTINO

LAIA LÓPEZ

Strawberry Moon

*La hija de
la Luna*



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto y las ilustraciones, Laia López, 2019
© de la adaptación del texto, Paula Vidal Oliveras, 2019
Diseño y maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2019
ISBN: 978-84-08-21722-0
Depósito legal: B. 20.297-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Eiden estaba leyendo un libro de arquitectura sentado en la barra del café Ondina, su lugar favorito. Su hermana Liv trabajaba en el local, y él aprovechaba para pasarse por allí cuando no tenía clase. Siempre habían estado muy unidos y ahora ella ayudaba a Eiden a pagar la universidad con el sueldo de encargada del café. El chico se estaba tomando muy en serio su educación, y Liv no se arrepentía de destinar parte de sus ahorros a los estudios de su hermano.

En aquel momento, Eiden estaba subrayando con fluorescente amarillo prácticamente todo lo que leía.

–Creo que todavía hay un poco de blanco en tu libro –bromeó Liv–. Ahí, en el segundo párrafo de la página 57, ¿lo ves? Te has dejado una frase entera sin subrayar.

A Liv le encantaba tomarle el pelo a su hermano pequeño.

–Es que todo esto es muy interesante –se excusó él.

Soñaba con llegar a ser un importante arquitecto algún día, uno de los mejores del mundo, pero para eso necesitaba dedicarle muchas horas de estudio a su pasión. A Liv le preocupaba un poco que su hermano



estuviera tan volcado en la universidad que dejara de lado su vida social, así que contraatacó:

–Lo que tendrías que hacer es salir por ahí y tomar el sol, con el buen día que hace. No me creo que este tostón de quinientas páginas sea más interesante que... –Liv miró por encima de la cabeza de Eiden– que la chica que acaba de entrar en el café, por ejemplo.

Una chica menuda y rubia acababa de entrar en el local. Miraba a su alrededor con curiosidad, como si estuviera estudiando cada detalle de la cafetería. De repente, su mirada se cruzó con la de Eiden y se lo quedó mirando fijamente, sin ninguna discreción. Eiden enrojeció, visiblemente turbado. ¿Por qué aquella desconocida no apartaba la vista de él? Había algo magnético en su mirada; era tan intensa que el chico se sintió levemente mareado. Siguieron mirándose a los ojos hasta que Isla y Lucas, los camareros del café Ondina, fueron a saludarla.

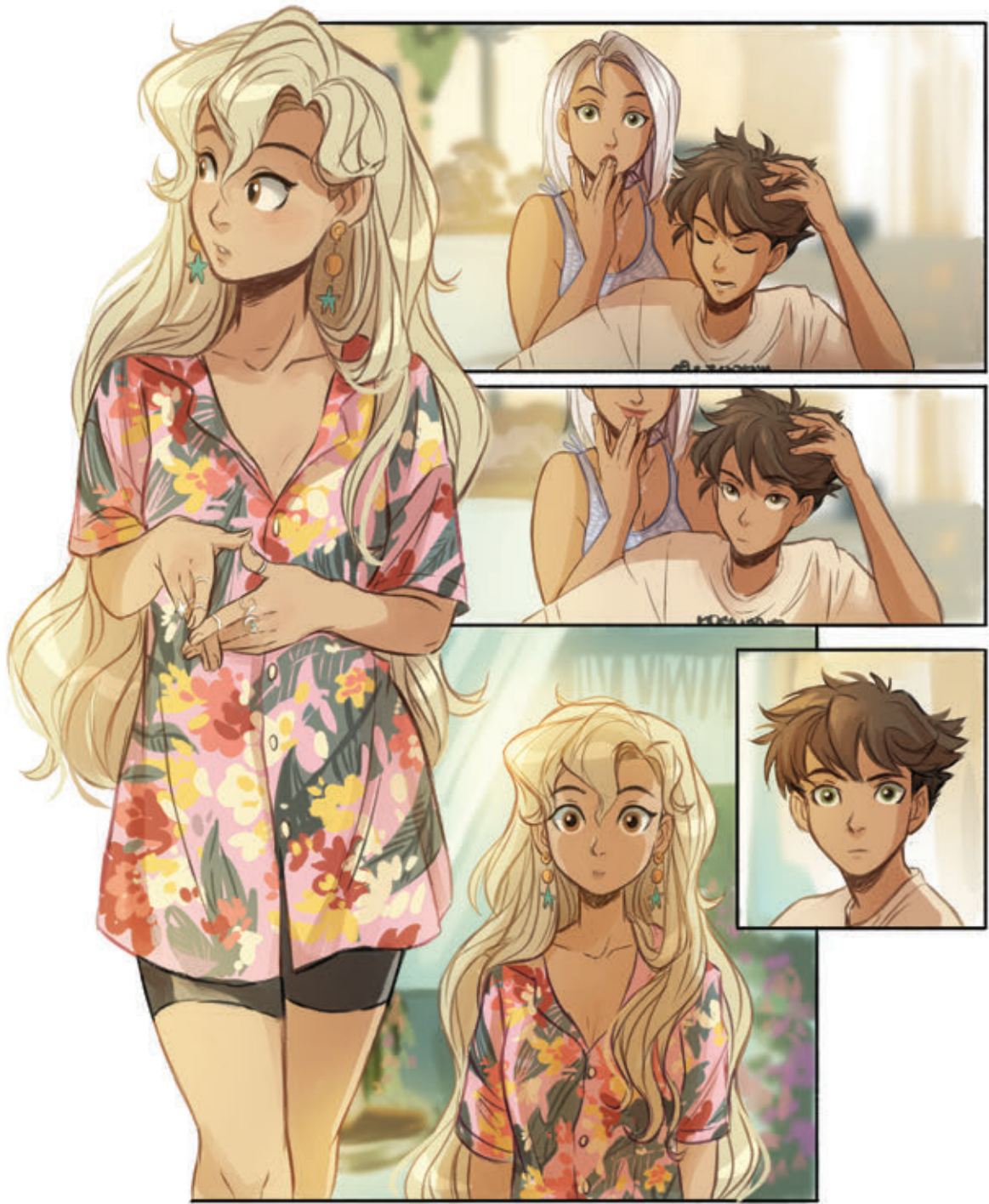
¿Qué acababa de ocurrir? De repente, sentía mucha curiosidad por saber quién era esa chica tan extraña.

Su hermana Liv soltó una risita maliciosa.

–Veo que te interesan otras cosas aparte de la arquitectura, ¿eh? Venga, levántate y dile algo: está claro que es nueva en el campus, y seguro que estará deseando hacer amigos –lo animó.

Eiden miró a Liv con cara de espanto. Bajo ningún concepto le haría caso: las orejas le ardían de vergüenza solo de pensar en acercarse a hablar con aquella chica. Eiden era muy tímido, y por mucho que su hermana lo chinchara, no pensaba dar ese paso.

Así que, sencillamente, permaneció sentado en el taburete observando la escena con disimulo. Lucas e Isla estaban saludando efusivamente



¿POR QUÉ
ME MIRA TAN
FIJAMENTE?

¿QUÉ LE
PASA?



¿TENDRÉ
ALGO EN LA
CARA?

a la chica desconocida. Parecía que sí que tenía amigos, pensó un poco desencantado, pero ¿de qué los conocía? Lucas e Isla eran mayores que esa chica y no vivían en el campus, sino en un pequeño apartamento; Eiden había estado una vez allí con su hermana.

Tras saludar a la chica nueva, Isla se quitó el delantal y se dirigió alegremente a la hermana de Eiden:

–Liv, aprovechamos nuestra hora libre para enseñarle el campus a Diana, ¿de acuerdo?

–Sin problema –respondió ella–. ¡Pasadlo bien!

Eiden se sentía extasiado. D-I-A-N-A. Tenía un bonito nombre, como no podía ser de otro modo.

Se quedó absorto contemplando el lugar donde hasta hacía tan solo unos segundos habían estado Diana y los dos camareros, que acababan de escabullirse por la puerta del café.

–¿Vas a seguir embobado todo el día por esa chica a la que ni siquiera conoces? –lo chinchó entonces su hermana conteniendo la risa.

Las mejillas de Eiden se enrojecieron al instante.

–No estaba embobado –mintió.

Sabía que Liv lo observaba atentamente, así que hizo un esfuerzo por volver a sumergirse en el libro que estaba leyendo. De repente, las estructuras de cemento ya no le parecían tan interesantes como al principio.

CAPÍTULO 2

— **Y** aquí es donde estudiarás —le estaba diciendo Isla en aquel instante mientras paseaban por el campus universitario—. Tendremos que comprarte ropa, claro. La que te he prestado te queda demasiado grande.

—Empiezas las clases de astronomía mañana; ya hemos avisado a todos los profesores de que te incorporabas a mitad de trimestre, no hay ningún problema —añadió Lucas. Le tendió una hoja de papel—. Este es tu horario, no lo pierdas. Aquí tienes apuntadas todas las clases a las que debes asistir.

—Por supuesto, nos tienes a nosotros para preguntarnos cualquier duda, ya sabes dónde trabajamos —prosiguió Isla—. Y tu compañera de habitación, Edlyn, a quien conocerás pronto, te ayudará a adaptarte a la vida universitaria. Así que no tienes de qué preocuparte.

Los dos camareros del café Ondina habían enseñado a la chica nueva todos los rincones del campus universitario, que ellos conocían ya de memoria. Hacía varios años que vivían por la zona. Diana estaba alucinando con la cantidad de gente que estudiaba en aquel campus; se





moría de ganas de adaptarse y de hacer amigos. Decidió que en cuanto Lucas e Isla acabaran con su charla se iría a investigar por su cuenta.

Sin embargo, a sus dos mentores todavía les quedaba mucho por decir. La condujeron hasta un banco apartado de la gente y tomaron asiento. De repente habían adquirido una pose mucho más formal, y Diana adivinó lo que iba a ocurrir a continuación.

–Recuerda, Diana, que hay diversas reglas que debemos cumplir al estar entre humanos –comenzó Lucas.

Diana se sabía las normas de memoria, se las habían hecho aprender antes de llegar al campus, pero los dejó hacer. Sabía que era su obligación recordárselas.

–Regla número uno: no puedes revelar tu verdadera identidad a un ser humano. Esta es la norma más importante –le advirtió Isla.

–Regla número dos: procura pasar desapercibida –prosiguió Lucas–. Si no llamamos la atención, nadie se dará cuenta de que somos diferentes.

–Regla número tres: actúa según las convenciones humanas –añadió su compañera–. Si te mimetizas con ellos, todo será más fácil. Tal vez las primeras semanas te resulte un poco complicado, pero ya verás que tampoco son tan diferentes a nosotros.

–Regla número cuatro: no puedes pasar más de siete días sin bañarte en las aguas de la laguna, Diana. Por favor, que no se te olvide nunca o... te irías debilitando poco a poco hasta apagarte por completo.

Isla y Lucas se estremecieron ante semejante idea.

–Te recomiendo que tengas un cubo de agua de la laguna en el dormitorio, para casos de emergencia –propuso Isla–. No siempre vas a

tener tiempo de darte un chapuzón de los de verdad, y ya sabes que el agua de la laguna es la única que funciona para nosotros.

–¿Te ha quedado todo claro? ¿Alguna duda?

Diana repitió las reglas en voz alta, como una alumna aplicada:

–No revelar mi verdadera identidad, pasar desapercibida, actuar como los humanos, bañarme en la laguna cada siete días y tener cubos de agua en el dormitorio. Creo que podré hacerlo. –Sonrió dulcemente a sus mentores–. No os preocupéis por mí, de verdad. Estaré bien.

Se levantó del banco con ganas de terminar la charla y comenzar a explorar por su cuenta, y estuvo a punto de ser arrollada por una bicicleta que pasaba a toda velocidad. Isla y Lucas la sujetaron antes de que cayera al suelo.

–Pero ¿qué era eso tan extraño? –El corazón le latía a mil por hora.

–Un chico en bicicleta –le explicó Lucas–. Es un medio de transporte para ir más rápido a los sitios, ya sabes.

Lucas e Isla se miraron con preocupación. Tal vez Diana todavía no estaba lista para vivir entre los humanos.

–Ah, sí, una bicicleta... –A Diana le sonaba vagamente aquella palabra. Sin embargo, no quería que sus dos mentores la estuvieran vigilando todo el rato, o peor, que la devolvieran al lugar de donde venía, así que mintió descaradamente–. Lo sé todo sobre las bicicletas, por supuesto. De hecho, me muero de ganas de... transportarme en bicicleta yo también.

Isla y Lucas respiraron más tranquilos y Diana tragó saliva. Había mucho que aprender.